



## ESTAMOS EN SESION.

—Padre, es preciso constituirnos en session.—Así entró esta mañana hablando Poca-pena. Juan Sin-miedo que entraba al mismo tiempo, echó mano al alfiler y tomó asiento exclamando con la flemma propia de su carácter.

—Pues ya estamos constituidos; pero que no sea muy larga la sesión, porque yo tengo que rondar esta noche.

—No será larga; pero si lo fuese tendrá utilidad pa nosotros y no se paesará á las sesiones de la justicia del lugar, que dempués de estar reunidos una vela entera se largan toos sin resolver asunto ninguno.

—Pues entonces, hijos míos, hay hoy día muchas sesiones por ese estilo. Ea, pues, que tenemos de nuevo?

—Tenemos que en Graná no poemas nosotros escribir.

—¿Cómo que no poemas escribir?

—Lo mismo que está osté oyendo. Y cuidiao que no vaya osté á creer que yo tengo canguelo, sino muy afinao el pensamiento pa destenguir los causales.

—Sabes, Poca-pena lo que yo voy creyendo? que los mineros de la California tan puesto los puntos, ó que el señor Cubi te ha tocao la ropa; porque tú vienes hoy manetizado, y te juro como soy tu padre Canta-claro, que como sea verdá te pongo la barriga en combersacion con el espinazo.

—Vamos; osté, padre, está chalao.

—Poca-pena!... mia que te jago un estropicio; Juanito no estas viendo á tu hermano? Qué comportacion es esta?

—Déjelo osté, padre, que se esplique. Vamos, relata el por qué no se puee escribir en Graná.

—En primer lugar, porque aqui no entienden nuestro lenguaje: nosotros queremos el pau pan, y el vino vino; es decir, llamar á ca cosa por su nombre y á ca sombra por su color... y esto... como osté sabe y tú Juanito lo mismo, no está de moa en esta tierra.

—Pues, señor; me asiguro en lo mismo; ó Cubi ó la californita te han tentao la ropa... ¡ay, Poca-pena! no sabes tú hijo mio lo que te has fecho!

—Pero padre, arrepare osté con concencia; en Graná se astila otra cosa de la que nosotros jacemos.

—Pero acaba, chiquillo: ¿qué es lo que se astila en esta tierra?

—Míosté, en Graná no se escribe mas que lateratura, encremento....

—Fomento dirás y literatura, gansurrio!

—Eso es; y sobre too padre, muchos versicos: porque aquí se jabla en verso hasta los dias de trabajo.

—Y tú crees que todo eso es algo?

—Es la fruta del terreno, padre; y yo creo que son de desperdiciar las güenas cosechas que se presentan toos los años.

—Pues hijo, te has lucio: mucho embrosar papel y no sacar las tripas de mial año: anda Poca-pena, pregunta á los escritores de too ese fomento y esa literatu-



ra, cuánto van ganando en la estaca y al público lector, cuánto se divierte, y se destruye, y se recrea, y se fomenta con tanto zurra que es tarde.

—Lo que es eso, ya lo se yo, padre; la utilidad es de los impresores reduciéndose, como ellos dicen, porque como los lectores son contaos.....

—Pues bien: entonces á qué vienes con tal exigencia en un país aonde na de eso se quiere tener en merecimiento ni por la prensa ni por el público?

—Pues veasté aonde yo me paro á pensar, padre; el cómo se jilvanan en un instante esos periódicos y se mantienen mas ó menos tiempo, si toos estau convencios de que se han de morir de contao.

—Esa es una simpleza tuya, Poca-pena: lo mesmo sucede con nosotros los animales humanos; toos sabemos que tenemos que espichar el día menos pensao; pero no por esto dejamos de nacer.

—Pues veasté en donde yo no habia caído.

—Es un prodigio tu caletre! pero en fin ya que tú te has descolgao hoy tan animoso en esa parte, yo te jabiare con profundiá sobre la materia, porque tengo trillao ese camino; y verás como destruyo tus elusiones. ¿Tú quieres saber el cómo se fabrican esas redaciones? pues yo te lo explicaré.

La primera vez que yo te llevé al teatro, te acordarás que hicieron una comedia de moros y cristianos, en que salió el rey vestido de oro, á quien te empeñaste tú en besar la mano al día siguiente.

—Vaya si me acuerdo padre, y que osté por reirse de mi inocentá me llevosté á ver al tal rey; y salimos con que era un hombre como toos, que ganaba diez reales ca vez que jacia este papel.

—Pues así son, cabalmente, las redaciones de esos periódicos: fantásticas imaginarias, de pura elusion y de enventiva: tú te jechas á la vista una posía á la diosa Venos, saliendo del baño, y dices pa tí en aquel momento: imposible es que el poeta no sea hermoso como su pensamiento, y que la redacción á onde la ha escrito, no esté colgá de terciopelo, alfombrado de la china y alumbramiento de gas polimático; pero, ay que desgracia! jéchate á buscar la redacción y al poeta: si jallas la primera, estará de seguro en el cuarto á onde la imprenta jecha los desperdicios de la basura: verás allí una mesa de bodegón, un banco y cuatro sillas viejas, toas vacías, con sus correspondientes telarañas; y si encuentras al fin al poeta,

cosa muy deffícil, porque los podetas no paecen cuando se les busca, no hallarás en su persona ni la mas ligera vislumbre de la sublime fantasía que á tí te ha enagenao tu mente.

—Pero entonces, padre, cómo se escriben los nombres de los relatores sin estar juntos relatando en una ofecina?

—Los redactores redactando dirás: ese es otro busilis, Poca-pena: por lo rigular un endividuo ó dos endividuos los mas desocupaos conciben el proyecto y se constituyen como nosotros en una mesa, pero del café: allí se plantea la obra.

—En la botillería padre?

—Allí mesmo; en medio del ruido y de la algarazara, así sale ello, hijo mio: al día siguiente, de corrio se publica el prospecto y se le ofrecen á todos los hombres de letras las columnas para que cada cual sea una columna de la obra: entre estos á unos se les exige, á otros se les ruega, y á otros se les manda. Es, verbo en gracia, una red que se tiende sobre los hombres de letras pa pescar al que se puee, y vamos andando.

—Pues entonces, padre, si la red es fina, entrarán en ella hasta los chiquillos.

—Qué chiquillos dices, Poca-pena?

—Toma! los de las escuelas: no ha dicho osté que la red se tiende á los hombres de letras? pues yo no conozco mas hombres de letras que á los maestros de escuela con toos sus chiquillos.

—Jesus, qué barbariá tan atroz, Poca-pena! Juan Sin-miedo de mi alma! qué becerro es este que tienes por hermano?

—Riasosté padre, como yo lo jago de sus rebusuos.

—Bien! pues ya se remató, y no güelvo á decir esta boca es mía.—Sigasté padre.

—Los hombres de letras, son los hombres ilustraos; si no sabios, escritores, publicistas, y por fin, toos los que han adquirido superiorida de talento sobre lo demás del vulgo: á estos hombres, que son de utilidad pa el periódico, se les busca con la red; pero sucede por lo rigular, que la red es muy delgá y los puños que la remolcan no tienen la robustez necesaria pa engolver á los pescaos mas gordos; y solo sacan la sardineja, alguna que otra merluza y mu rara vez un güen mero que da de comer pa veinte días.

—Ay, qué cara pondrán tan abatía, padre!

—Figúrate; lo mesmo que los pescaores cuando traen el copo vacío; ya has visto tú esa escena. Mas no estante, el compromiso público está ya fuera de casa, lo que es el proyecto sigue adelante; y hoy de aquí

un poquito, mañana de allí otro, y palicos y tronchicos, se va arreglando el negocio y san Juan con toos.

Pero aun quea lo mas chistoso, que es la suscripcion. Esta se pie poco menos que de limosna: pónense el primer día un paquete de cartas que es otra red por otro estilo, y en ellas entra lo de *dígame, mígame, pásame, quierame*, ecetra, y sale el repartidor a repartir la circular como los comisionaos las recetas de la contribucion, porque toas hablan de parneses; con la diferencia que estas se refieren á un ojerto grande y aquellas llevan la pantalla de ilustracion diciendo:

que es empresa que nace;  
pero como nada hace,  
á ninguno satisface,  
y por eso se deshace.

Asiguran ya asi el gran proyecto, emprendiendo á periodiquear el incauto jóven que se ha quedao comprometido con el impresor y el público; y surra que te surra, el infeliz se mata trabajando sin maldita de Dios la gracia, pa dar utilia al que se la lleve, y teniendo sobre toó el gustaso sin precio de ver en letras de molde sus opacos destellos: única gloria postuma que le viene á resultar pa remate de cuentas.

—Y el público qué jace al fin y á la proste?

—El público que le jacen pagar por compromiso, se fastidia y no lee lo que le dicen: el público que lo paga voluntario no lee tampoco y se fastidia; y el tercer público que lee de gorra, lee y se fastidia: toos los públicos se fastidian hijo mio, con la tal lectura; pero de estos públicos el mas perjudicante es el de la gorra: yo he visto salirse una calle entera con un número de un periódico que lo costeaba uno solo; y he visto asociarse en empresa á mas de catorce endeviduos pa pagar veinte reales al mes de suscripcion.

—Eso es escandaloso, padre!

—Pues qué te estoy diciendo? por eso es to mi ajinco en que es un desparate escribir lo que tu quieres, literatura y fomento. Desengáñate Poca-pena, en esta tierra como en toas sus hermanas no priva mas que nuestro fandango bueno ó malo, segun se toque: es mas entorpe; ya ves tú si Granada tiene necesidad de un *Diario de avisos*; pues maldito sea, si naide le puee jechar las raices.

—Y en qué consiste eso padre?

—Consiste en los empresarios que no quien diario, y en el público que no quiee avisos.

—Pues ayá se las compongan padre; osté má convencio del toó; y desimule osté que si he jablao, ha sido con el deseo de que vayámos en acierto.

—Este es el verdadero acierto, hijo; y sino que el moso de la posá te enseñe el cuaerno de la cuenta, y verás tú mismo si algun compañero nuestro ha reunio tanto parroquiano al reor sin llamar á nenguno.

—Eso persupuesto.

—Verdá es que ton esto tiene sus riveses, pero nuestra pruencia nos rá llevando con bien hasta salir del labormitio. Conque si habemos rematao ya, se levanta la sesion.

—Por mi parte, ya puosté menear el cencerro.

—Dilindón, dilindón.... Poca-pena!  
Sesion no traigas como no sea buena.

## EL ALCAIDE DE TORRES BERMEJAS.

—Juaniyo, te has vuelto loco? Para qué diablos enciendes esa luz?

—Calle usté padre, y déjeme hacer.

—Pero hombre, si son las doce del día y hace un sol que rabia!....

—No importa.

—Pero qué vas á hacer!

—Voy á buscar el argumento de la comedia titulá *El hombre misterioso* y á darles de camino un despabilazo á los que la egecutaron.

—Á todos?

—Á todos no, pero serán muy pocas las excepciones.

—Con que tan mala es la dichosa comedia?

—Mala, no señor; tonta é insustancial, y si á mi me permitieran arreglarla, le aseguro á osté que habia de alborotar.

—Qué sabes tu de arreglar, bruto?

—Toma... pus no he saber?... miosté, empezaba por suprimirle el segundo acto y del primero no ejaria mas que aquello que dicen antes de levantar el telon para empezar.

—Animal! y qué le quedaba entonces?...

—Lo mismo que tiene ahora... ná.

—Vaya, déjate de simplezas y apaga la luz.

—No señor, ná de eso; ya que está encendia me va á servir pa conocer al alcaide de Torres Bermejas, y poerlo espabilar á gusto....

—Y dónde está ese prógimo?

—Aquí en la talega.

—Veásmolo.

—Apárelo osté, padre, y cuidiao no se evapore.

—No hay miedo.

—Alumbre osté bien.... arrime osté mas el candil... caye; ya le conozco...

—De veras?...

—Si señor; mielosté, mielosté padre.... pus si es el señor....

—Calla, Juan; perdónalo por esta vez; ya diremos su nombre sino se corrige á fuerza de espabilazos. Y ahora sepamos por qué causa lo has traio preso en la talega.

—Porque siempre pescoal mesmo pájaro. Noches pasás se jizo una comedia muy mala, pero de mucha risa, llamó *El meico á palos*, y me encontré en ella al señor alcaide, disfrazao de criaio, con su pantalon é campana y su chaqueta é paño.... pero toavia hablaba en moro: maldito si se le entendió una palabra... se trabucaba la lengua y soltaba ca blasfemia, que era un gusto.

—No sabia el papel.

—Justamente; pero es el caso que siempre es lo mismo y ya es justo espabilarlo en regla, calla...! dónde anda su compañero? pus yo lo traia tambien..

—Qué compañero?

—Otro criaio, que tampoco sabia una palabra, no está aquí... y es el caso que yo lo metí en la talega...

—Te se habrá perdio por el camino.

—Es verdá.... caramba!!

—No te impacientes, tonto; ya lo cogeremos otra vez, y entonces las pagará todas juntas.

—Y qué hacemos con el alcaide?

—Sientalo en esa silla; hazle besar la cruz de las despabiladeras y notifique la siguiente providencia.

• Señor alcaide: el público de Graná

tiene muy malas pulgas, es inteligente y digno á que se le sirva como Dios manda; lo paga bien, y quiere tener actores si no de un mérito sobresaliente, que sepan cumplir con su obligacion, presentándose con sus papeles sabios y con la dignia que se requiere, pues de lo contrario se le darán cada hora tantos espabilazos como escribanos dicen hay en los infiernos, sin que le valgan al señor alcaide las llaves de la Torre Bermeja, ni el turbante, ni el mismo sancarron, y finalmente, que se sacará su nombre á la pública vergüenza en letras de palmo y medio. Dao en Graná á 10 de junio de 1849.—El presidente, Cantacaro.—Por mandao del mismo señor, el secretario interino, Juan Sin-miedo."

—Ya está, padre.

—Bueno, saca una copia y dásela al señor alcaide de Torres Bermejas.

—Mejor es prendérsela al cuello.

—Como quieras.

—Ya está osté obedecio.

—Ahora date suelta; que ya lo volveremos á pillar, sino se corrige en lo sucesivo.

## DESPABILAZOS.

Quien se hubiere encontrado una peluca rubia que se estravió el día del Corpus en la procesion, se servirá presentarla en el museo de antigüedades, y se le concederá por esta redaccion un salvo conducto para vivir en Granada tres meses libre de despabilazos.

Días pasados fué atropellado por una bestia nuestro director *Cantaclaro*; antes de ayer una doméstica se dignó bautizar á *Poca-pena*, tomándolo sin duda por el Alcaide de Torres Bermejas; esta mañana una baca corrió á *Juan sin miedo*; todos tres llevaban en el bolsillo el bando de buen gobierno, publicado por el Sr. corregidor para prevenir estos inconvenientes; pero maldito si les sirvió de nada. *Quid faciendum?*

Imprenta de los Sres. Asturillo y Garrido.